

2.- DE LAS CULTURAS FORMATIVAS A LOS ESTADOS REGIONALES

Competencias:

- Compendia la evolución histórica de las sociedades preincaicas.
- Analiza comparativamente la trascendencia de esas culturas.
- Reconoce su aporte en la formación de la sociedad peruana.

PERIODIFICACIÓN DEL PROCESO

Algo más de cuatro mil años, aproximadamente entre los 1000 a. C y los 1300 d. C., abarca el proceso histórico peruano que va desde la aparición de las culturas formativas hasta el desarrollo de los estados regionales. La arqueología es la ciencia cuyos descubrimientos y estudios analíticos permite acercarnos al conocimiento de ese proceso, pues las crónicas escritas, que aparecen en el siglo XVI, dejaron datos – si bien muy importantes- sólo relativos a la fase final del mismo, vale decir referidos a los estados regionales que precedieron y/o se desarrollaron paralelamente al de los Inkas.

Tiene consenso la periodificación de ese proceso según el esquema que en 1962 propusiera John Rowe, dividido en horizontes y períodos según la existencia de intentos de integración cultural panandina y sucesiva desintegración, respectivamente.

Así, con posteridad al largo período de origen de la cultura y la civilización que ya hemos reseñado, se dio el llamado Horizonte Temprano, por otros llamado Formativo, identificado principalmente con el desarrollo de la cultura Chavín, cuyo centro original estuvo en la sierra de Ancash. Prosperó entonces una sociedad teocrática, que entre los 1000 y 200 a.C. irradió su influencia en un vasto territorio, en el cual surgieron centros cultistas a semejanza del original.

El final de esa integración cultural marcó el inicio del período denominado Intermedio Temprano, o de los Primeros Desarrollos Regionales, que va desde el 200 a. C. hasta el 550 d. C., aproximadamente. Surgieron entonces diferenciados desarrollos regionales, en diversos centros de la costa y la sierra. En algunos de ellos fue evidente el crecimiento demográfico, que posibilitó la realización de obras de envergadura que incrementaron la producción, como fue el caso de los grandes canales de irrigación que se construyeron en la costa.

La jerarquía de clases sociales se hizo más notoria, situándose en la cúspide la elite de sacerdotes y jefes guerreros, en posición intermedia los especialistas en arte y comerciantes y en la base el pueblo campesino. Las sedes centrales fueron residencia de la clase dominante, prosperando en ellas los especialistas, principalmente en la producción del arte alfarero, escultórico, metalúrgico y textil. En el altiplano peruano-boliviano se descubrió la fundición del cobre, hito tecnológico de primordial

importancia; y se impuso el control de diversos pisos ecológicos. Tiwanaku marcó un gran avance urbano, alcanzando la cúspide social jefes guerreros que evolucionaron el estado hasta la formación imperial.

Adviene entonces el Horizonte Medio, o Período de las Primeras Formaciones Imperiales, en el que dos culturas, Wari y Tiwanaku intentan la integración panandina. Tiwanaku, que domina militarmente todo el altiplano peruano-boliviano, establece también enclaves coloniales en la sierra y la costa, principalmente a través de sus comerciantes. Así consigue influencia en Ayacucho, donde al mismo tiempo confluye la tradición cultural Nazca, surgiendo de la síntesis un estado urbano militarista, que en pocos siglos logra dominio hasta Piura y Cajamarca por el norte y Moquegua y el Cuzco por el sur, adoptando por principal centro religioso el de Pachacámac. Como formaciones imperiales Tiwanaku y Wari, que emergen hacia el 550 d.C. colapsan hacia el 900 d. C., posiblemente debilitados por sus propias contradicciones internas.

Lo concreto es que hace mil años había emergido un nuevo período, el denominado Intermedio Tardío, o de la Segunda Diversificación Regional, caracterizado porque entonces el territorio andino fue escenario del renacimiento de las culturas regionales, algunas de las cuales evolucionaron desde pequeños señoríos hasta conformar grandes reinos o confederaciones regionales. Se trató de estados eminentemente militaristas, con gran desarrollo urbano y comercial, destacando los de Chimú, Lambayeque, Chancay y Chíncha en la costa, y los de Cajamarca, Huanca, Chanca, Inka, Mollo, Colla y Lupaka en la sierra.

Varios de esos estados pugnar por la expansión territorial panandina, que fue decidida hacia 1430 por el choque entre los estados regionales de Inkas y Chancas. El triunfo favoreció a los primeros que bajo la conducción de Pachacuti alcanzaron un dominio imperial sin precedentes, pues en menos de un siglo se extendía en toda la costa y la sierra desde la frontera colombo-ecuatorial por el norte hasta más allá del Maule por el Sur, teniendo por el este dominio hasta Tucumán, además de importantes enclaves en el territorio amazónico.

Todo el proceso evolutivo, desde el tiempo de los cazadores-recolectores hasta la formación imperial incaica, fue englobado por Pablo Macera en lo que denominó época de la Autonomía Andina, considerando que en ella evolucionaron las culturas nativas sin ingerencia extranjera. Aunque esto es discutible si consideramos que para Cañaris, Huancas o Chachapoyas los Inkas debieron aparecer como odiados extranjeros, la nominación de Macera es válida si consideramos lo que sobrevendría en 1532, vale decir la invasión y conquista española del Tahuantinsuyo. Porque a partir de entonces, incontestablemente, se inició para nosotros la época de la Dependencia Externa, que se prolonga hasta nuestros días.

SOCIEDADES ESTRUCTURADAS

Hace cuatro milenios, el desarrollo agropecuario en varios sitios del área andina, en la costa y en la sierra, posibilitó el incremento poblacional, y, más que ello, la obtención de excedentes afianzando la división de clases. De lo uno y lo otro existe evidencia en el testimonio arqueológico; a la par que surgen aldeas de mayor tamaño, con un notorio desarrollo de la agricultura, con monumentales edificaciones arquitectónicas y muestras artísticas que hablan de sociedades teocráticas con marcada división del trabajo y notoria diferenciación de clases. Sechín, La Galgada, Huaricoto, Kotosh, Las Aldas, Chicama y Culebras son sitios epónimos de este período, en los que

se observan también los gérmenes de la diferenciación urbano-rural. La clase dominante pasa a residir en templos y palacios, separándose de la masa trabajadora que tributa para ella en el campo. *“En las nuevas sociedades –dice José M. Balbás- el rango, cercanía y/o pertenencia al grupo familiar del jefe es fundamental, puesto que éste tiene una importante función económica: distribuye y administra los excedentes de la comunidad; excedentes que, a su vez, generan un respaldo económico que lo perpetúa a él y a su linaje en el poder. Parte de este excedente económico podrá ser invertido en la construcción de los edificios ceremoniales y palaciegos, obras públicas, etc., lo cual aumenta la distancia entre los que detentan el poder y quienes materialmente lo mantienen”..*

Aunque teniendo en la cúspide del poder a los sacerdotes, en algunas partes tuvieron prevalencia los grupos militares, si bien al servicio de la sociedad teocrática, desde tiempos muy tempranos. La guerra, conforme ya mencionáramos, había surgido como una respuesta social y política a un cambio de circunstancias económicas, pues se trató de culturas notablemente desarrolladas.

Lectura

EL LEGADO DE SECHÍN

Por: Richard Leakey

Hace unos 3000 años, las gentes del lugar hoy conocido como Cerro Sechín, habían construido un edificio cuadrado en cuya fachada y muros laterales se ve una fila de guerreros desfilando salpicada de imágenes de cabezas cortadas, ojos sacados, torsos eviscerados, niños partidos por la mitad, brazos sueltos y montones de vértebras. El mensaje es claro: es una demostración de fuerza militar, una inconfundible amenaza de agresión... Es evidente que en Cerro Sechín yacen enterrados los restos de una comunidad grande y floreciente. Fundamentado probablemente en sociedades marinas que se desplazaron al interior, Sechín Alto fue, principalmente, una comunidad agrícola que vivía del maíz. Los largos y profundos valles del Sechín y del Casma contaron un día con extensos canales de riego, dependientes de la autoridad central de los reputados gobernantes de Sechín Alto. Probablemente, tuvo que ejercerse el poder militar para lograr que los habitantes locales participaran de la empresa, y las severas imágenes del Cerro Sechín son, sin duda, un grave recordatorio de ello...

Cabe imaginar el sitio descrito como el centro político de una gran comunidad, como la expresión arquitectónica de una sociedad muy estructurada. No quedan edificios domésticos, ni siquiera cimientos enterrados, ya que, si los hubiera, se destacarían en las fotografías aéreas. Las casas debieron ser de caña y adobe y se las debió de llevar alguna de las riadas devastadoras.

Las civilizaciones andinas funcionaron durante mucho tiempo mediante un sistema de contribuciones de tipo laboral: la gente tenía que dedicar una parte de su tiempo al Estado, bien directamente, trabajando en obras públicas, o bien indirectamente, entregando una parte de los productos agrícolas o de otro tipo. Quedan registros de ello en la civilización incaica, la llamada *mita*. Las marcas de los constructores en los bloques de adobe de Moche Huaca del Sol -probablemente la mayor estructura levada por el hombre en Sudamérica- ilustra el trabajo de unidades laborales separadas, al igual que lo revelan las marcas de los muros de Chan Chan, capital de los Chimúes. Parece plausible que Sechín Alto sea también el producto de un trabajo organizado de esta manera, si bien todavía no se han hallado pruebas de ello.

LA INFLUENCIA CHAVÍN

Síntesis del proceso formativo fue el florecimiento de la cultura Chavín, aproximadamente hace tres milenios. Se trata del primer intento de integración cultural panandina, ya con dominio de diversos pisos ecológicos, con la diversidad de recursos que cada uno ofrece y con los distintos modos de vida que posibilitan. La investigación arqueológica demuestra que Chavín dominó o irradió su influencia en una extensa

región que incluyó sitios en la sierra, la costa y la amazonía, desde Ecuador hasta Bolivia.

Chavín es un horizonte cultural cuyo centro principal es el sitio de Chavín de Huántar, a 3,200 m de altitud, en el área de cultivo del maíz y en una zona clave para controlar los intercambios costa-selva. La mayoría de autores sostiene que el dominio de Chavín en una extensa área se debió más al proselitismo religioso que a la conquista militar. Como quiera que fuese, ejerció gran influencia sobre un amplio territorio, generando una cultura de carácter unitario, sobre la cual, con el transcurrir del tiempo, se irían configurando diferencias regionales. Al respecto, Alberto Bueno anota: *“Chavín clásico se desenvuelve durante la época agro-alfarera desarrollada (1200-300 a.C.); su principal centro ceremonial lo encontramos en las cabeceras del río Mosna, flanco oriental de la Cordillera Blanca. La importancia de Chavín es evidente por su reiterativa dispersión de sitios en un territorio comprendido entre Cajamarca-Lambayeque (norte), Huanuco-Ayacucho (centro) y Ayacucho-Ica (sur medio); numerosos sitios conteniendo materiales Chavín han sido estudiados en este dilatado territorio”*.

El gran centro ceremonial de Chavín de Huántar fue residencia de una elite sacerdotal, transformada en clase dominante que tuvo a su servicio directo en el templo a los burócratas y a los artesanos especializados, captando el tributo productivo de los pueblos agrarios y pastoriles de su entorno, estructuración que se va a repetir en todos los sitios a los que irradió su influencia cultural. La sociedad Chavín vivió principalmente del cultivo del maíz, datando de ese tiempo las primera obras de irrigación y andenerías.

Los edificios arquitectónicos chavinenses aparecen decorados con relieves planos que representan animales estilizados, fundamentalmente cóndores, serpientes y jaguares) y seres humanos felinizados, destacando las llamadas cabezas clavadas destinadas a sostener hombres sacrificados. Se trataba de deidades destinadas a imponer terror a los pueblos sobre los que se impuso su culto. Los mismos motivos se muestran en su cerámica, que se utilizó a veces como ofrenda para los templos.

Aproximadamente hace 2,500 años, tras un milenio de vigencia, los centros chavinenses empezaron a ser destruidos, y sobre la vastedad del área de su influencia emergieron los Primeros Desarrollos Regionales, que mantendrían parte de legado cultural de Chavín aunque tornándose militaristas. Entre estos nuevos estados iban a destacar los de Moche, Nazca y Tiwanaku. En torno a ese proceso, Alfredo Torero anota: *“Hacia el 400 a.n.e. se asiste a la ruptura rápida del sistema chavinense y a la aparición de nuevas corrientes culturales de menor énfasis cultista, en conexión, al parecer, con fuertes corrientes de intercambio, principalmente por vía marítima, entre las costas peruanas y el Ecuador. Tal vez la estructura teocrática Chavín se había tornado sumamente rígida y enclaustrada en los modos y canales de captación y circulación de las riquezas, y refractaria a la adopción de innovaciones que acrecentasen las producciones internas. Lo cierto es que las nuevas corrientes que les pusieron término desarrollaron en varias regiones andinas un orden económico y social más dinámico, concretado en el acrecentamiento de la producción agraria y en la búsqueda de contactos comerciales a distancias que desbordaban ampliamente las fronteras de la antigua área chavinense”*.

Lectura:

AUGE Y DECADENCIA DE CHAVÍN

Por: Julio Villanueva Sotomayor.

En la primera región histórica del Perú (Callejón de Conchucos) un núcleo de comunidades aldeanas supo aprovechar y acelerar la revolución agrícola. Las excepcionales condiciones geográficas le brindó la oportunidad de elevar la producción del maíz a niveles nunca antes registrados. Con él, consiguieron masificar un alimento esencial para el hombre del Ande que, a su vez, estimuló la mayor y mejor producción de otros sustentos dietéticos.

El oro vegetal fue la expresión más fehaciente de la hegemonía Chavín. La presencia de la cultura del maíz se hizo horizonte y se convirtió en pan-peruana. Para que esto sucediera, implantaron un Estado centralista y teocrático, poderoso a través de la sujeción técnico-agrícola y mágico-religiosa. Una manifiesta superioridad de clase, casta y delegación divina se mostraba al mundo andino a través de un portentoso santuario construido a orillas del río Mosna. El Templo o Castillo, además, fue el encargado de exponer a los comunes la primera obra humana gigantesca por su volumen material y sus alcances espirituales. La piedra cincelada, pulida, esculpida, hecha de aquel material que el campesino andino veía todos los días, pero ornamentada hasta la exageración, fue la más colosal ofrenda a los dioses y la privilegiada morada de un grupo de sacerdotes y su corte.

En esa Jerusalén o Meca andina se realizaban los espectáculos religiosos y festivos más deslumbrantes, las más grandes transacciones comerciales; los agrupamientos más selectos de picapedreros, escultores, orfebres, ceramistas y tejedores de la región Chavín; asimismo, era sitio de organización, dirección y control de la administración del Estado y sus pertenencias. En una sociedad jerarquizada, clasista, con régimen de propiedad privada, el Estado se erigía en dueño de todos los medios de producción y de las fuerzas productivas. Por eso, no era raro que los sacerdotes dispusieran de tierras y hombres a su antojo; eran poseedores de todo. Las demás comunidades aldeanas pasaron a depender, íntegramente, del poder central. Es posible que, con esta cultura matriz, se estableciera una especie de obediencia generalizada, una forma de sumisión total, que se mantendría como tradición y modo de vida hasta el Tahuantinsuyo.

El Estado Chavín, iniciador de este modelo societal o modo de producción, instrumentó dicha opresión mediante la sicología de la admiración y respeto a los hombres superiores, sabios y escogidos, sujeción ideológica que complementaba a las tradicionales idolatrías. Pero, también utilizó la sicología del miedo y del temor; los símbolos de esto fueron las cabezas clavadas y las horcas que actualmente existen en los santuarios chavines. Los guardianes humanos de los templos se convirtieron en las primeras columnas militares del Perú antiguo. Pero que, a no dudar, menos oposición hicieron éstos que los factores ideológicos cuando las comunidades aldeanas de otros sitios se rebelaron contra la hegemonía Chavín.

La rebelión de otras poderosas comunidades aldeanas cobraron fuerza en el primer milenio antes de Cristo, y Chavín perdió definitivamente su hegemonía hacia los 500 años a.C. En un proceso histórico previsible, otros hombres, otras comunidades aldeanas, estaban haciendo su propia cultura. No en vano habían pasado varios siglos; fueron cientos de años de aprendizaje, de lucha por el dominio de sus ambientes, de elaboración de sus propios bienes materiales que evolucionaron muy lentamente; pero que, en un momento determinado, se mostraron superiores a las ofertas de los chavines.

Por ejemplo, tiempo hubo en que los de Pucará, en cerámica, y los de Paracas, en textilera, exportaron productos de mejor calidad que los ceramios y telas de Chavín. El haber conseguido esa hazaña los hizo seguros de ellos mismos, capaces de independizarse y de desprenderse de la obediencia al Estado y a la administración ajenos. Al ir diluyéndose la influencia Chavín en sus manifestaciones artísticas y técnicas, disminuyó notoriamente su sujeción ideológica: aparecieron otras culturas regionales cuyas fronteras fueron ampliadas y defendidas, incluso por medio de la guerra.

MOCHE: EL DOMINIO DE LA COSTA NORTE

En los últimos siglos anteriores a nuestra era, el desarrollo de técnicas hidráulicas en la costa favorece un notorio crecimiento demográfico, tomando fuerza las tradiciones locales, principalmente en dos sitios: Moche en el norte y Nazca en el sur. Otro factor, el avance de la tecnología agropecuaria y el descubrimiento del bronce,

posibilita que en el altiplano surja una cultura de similar importancia: Tiwanaku. Estas tres culturas recogen parte del legado Chavín, pero dejan de ser sociedades eminentemente teocráticas para privilegiar también a sus jefes guerreros, y a través de la conquista militar amplían sus áreas de dominio en el período que la historia conoce como de los Primeros Desarrollos Regionales.

La cultura Moche dominó la parte alta del departamento de Piura, y la costa de los departamentos de Lambayeque, La Libertad y Ancash, entre los siglos II a.C. y VII d.C. La arqueología señala que se multiplican entonces los asentamientos humanos, con variantes según las funciones y actividades de sus pobladores. Moche es el centro urbano más representativo; y con los templos llamados del Sol y de la Luna, evidencia la existencia de una sociedad notoriamente jerarquizada: los entierros descubiertos en sus templos, tremendamente saqueados desde la colonia, permiten apreciar personajes de gran riqueza, claramente distanciados de la masa campesina tributaria.

La distribución espacial de sus construcciones y las imágenes presentes en su cerámica permiten inferir que se trataba de una sociedad dominada por jefes guerreros, que al parecer tienen en un escalón jerárquico menor a los sacerdotes. El avance de la institución castrense se prueba, además, con las múltiples fortalezas distribuidas en el valle de Moche así como en los valles adyacentes. Por último, los prisioneros de guerra aparecen como un motivo constante en las representaciones artísticas de los Moche.

Al respecto, Duccio Bonavía apunta: *“Moche ha sido la capital de un estado expansionista que utilizó como instrumentos la conquista y la dominación política. Y según Topic esto es evidente, pues sea en el valle de Virú o en el Santa la llegada de Moche es súbita y no se trata de una acción progresiva. Por otro lado hubo una fuerza coercitiva, reflejada en las obras públicas y que nos habla de un gobierno formal, con fuerzas institucionalizadas, integrantes de la estructura política que estaba centralizada en Moche. De hecho, las obras no se hicieron con participación voluntaria”*.

Moche es un Estado plenamente organizado, cuya clase dominante activa el modo de producción esclavista, aunque sin la desaparición de la comuna. Movilizada coercitivamente, la masa campesina, bajo la dirección de una notable burocracia, realizó admirables trabajos de irrigación y monumentales obras arquitectónicas. La principal fuente de subsistencia fue la agricultura, cultivándose de preferencia el maíz y el zapallo. Se practicó también la ganadería de auquénidos, lo que prueba que las llamas abundaron también en las lomas costeras. Es importante señalar que no obstante haber sido una cultura costeña, Moche aprovechó poco los recursos del mar.

Las urbes de Moche privilegiaron las actividades artesanales, para usos suntuarios. Floreció allí la orfebrería, el arte textil y, fundamentalmente, la cerámica. Su cerámica es de gran calidad, pero no representan la vida cotidiana del poblador común, sino escenas rituales y otras propias de la clase dominante, siendo famosos sus huacos retratos y las múltiples manifestaciones eróticas, en las que algunos quieren ver el culto a la fecundidad. La sociedad Moche mostró un especial cuidado en el culto a sus muertos, los que al igual que en la cultura Paracas eran enterrados envueltos en ricas telas, que apenas se han conservado debido a la existencia de gran cantidad de salitre en el suelo.

NAZCA Y EL DOMINIO DEL DESIERTO

Un estado parecido al de Moche en su estructura política y económica, y paralelo también en sus límites cronológicos, se desarrolló en la costa meridional, específicamente en Nazca. Así como Moche había emergido teniendo por cercano antecedente a la cultura Cupisnique, de raigambre Chavín, Nazca nació sobre las bases de la cultura Paracas, que a su vez se había desarrollado bajo la influencia de Chavín.

Pero Nazca se diferencia de Moche en varios aspectos. El más evidente es el artístico: la cerámica policroma nazquense no tiene igual. Luego, Nazca no muestra las monumentales edificaciones que se ven en el norte, salvo un centro urbano fortificado que a la vez es su centro ceremonial: el de Cahuachi. Pero definitivamente se trata de una sociedad militarista, que extiende su dominio a través de la guerra. Nazca no sólo es cultura costeña; llega también a la sierra, bien por avances bélicos o por actividad comercial, tomando especial contacto con los Huarpa de Ayacucho, en cuyo territorio legaba también la influencia Tiwanaku. La fusión cultural en Huarpa, como veremos luego, llevaría a la emergencia de la formación imperial de los Wari.

Varios poblados amurallados, así como la presencia en sus representaciones cerámicas de guerreros que portan cabezas-trofeo, parecen demostrar que los Nazca fueron un Estado agresivo. Causa de su afán expansionista debió ser la necesidad de lograr el dominio del agua, elemento fundamental en la costa. No sólo se trataba de conquistar los valles que la proveían, sino de captar fuerza esclava para realizar obras hidráulicas de gran envergadura y calidad, que posibilitaron la producción de excedentes y el consecuente crecimiento demográfico.

Obra famosa de esta cultura fueron los gigantescos geoglifos que hoy se conocen como las “líneas de Nazca”, admirable obra de ingeniería en la que se aprecian diseños de animales estilizados que aparecen sobre las pampas de Ingenio (valles de Nazca y Palpa). Las versiones surgidas en torno a la significación y finalidad de estas “líneas” son muy diversas: se las ha relacionado con posibles observaciones astronómicas, con formas de medición del tiempo (calendario) y con los distintos *totems* que debieron honrar sus habitantes.

Lectura

LAS LÍNEAS DE NAZCA

Por: Anthony Aveni y Helaine Silverman.

Durante 1500 años, hasta principios del siglo XVI, los antiguos habitantes de varios valles fértiles de la desértica costa meridional del Perú subieron a la árida Pampa de San José y crearon los hoy famosos geoglifos de Nazca. Se trata de docenas de biomorfos (figuras zoomórficas y fitomórficas) de dimensiones decamétricas, entre ellos varias aves, peces, un mono, una araña y una flor, así como de cientos de líneas, en forma de trapezoides, rectángulos, espirales y numerosas rectas, algunas de las cuales alcanzan kilómetros de longitud. A los biomorfos y a las líneas se los conoce coloquialmente como “las líneas de Nazca”. Sin embargo, la palabra “línea” debería reservarse específicamente para los geoglifos lineales.

Prácticamente todos los geoglifos se hicieron mediante un proceso sustractivo, extrayendo las piedras pequeñas, angulares y oscuras de la superficie, teñidas por la oxidación, así como la capa superior de tierra, y dejando al descubierto las capas no oxidadas, y por ello, más claras, de la pampa. Las piedras extraídas forman un borde oscuro alrededor del suelo más claro, realzando el contraste claroscuro que permite una fácil observación de los geoglifos, especialmente desde el aire. Apartándose de la creencia según la cual los geoglifos demandaban gran cantidad de energía y presentaban dificultades en su fabricación, experimentos de replicación han revelado que ocurre precisamente lo contrario; en esencia, se trata de hazañas de ingeniería pero no estandarizada, que exigieron una mínima inversión de trabajo.

Los geoglifos fueron descubiertos en 1927 por el arqueólogo peruano Toribio Mexía Xesspe, pero no atrajeron la atención de los académicos ni la curiosidad del público sino hasta la década de 1940, cuando fueron popularizados por Paul Kosok y María Reiche, y por una serie excelente de fotografías aéreas tomadas por el Servicio Aerofotográfico Nacional. Es más, desde ese entonces, los intérpretes modernos no han podido librarse de la idea según la cual los geoglifos sólo pueden ser observados y entendidos desde el aire. Las líneas han sido tratadas de manera sensacionalista como campos de aterrizaje para extraterrestres, proclamadas como pistas de carreras para olimpiadas prehistóricas, y descritas como gigantescas efigies de divinidades destinadas a ser observadas por los propios dioses, o por gentes de la región que se habrían elevado sobre la desértica llanura por medio de aeróstatos.

La teoría según la cual los geoglifos fueron trazados con fines astronómicos resulta ser más seria y, por tanto, debe ser tomada en consideración... Pero sostenemos que no se trata de un fenómeno exclusivamente astronómico, sino más bien de una formación organizativa del mundo andino ... Llegamos a la conclusión de que la pampa y los geoglifos (dentro y fuera de la pampa) constituyeron un fenómeno religioso, social y político de gran complejidad, y que la pampa desempeñó un papel integral e integrador de la sociedad Nazca. Los geoglifos fueron un elemento intrínseco y esencial para la sociedad Nazca, al punto que la tradición de marcar la superficie del desierto perduró por siglos, a pesar de los trastornos internos y externos del medio sociopolítico circundante.

TIWANAKU: UN ENCLAVE ALTIPLÁNICO

Tiwanaku, el desarrollo regional más importante del altiplano andino, tuvo su centro en la vertiente oriental del lago Titicaca, actual territorio boliviano, por sobre los 3,800 metros de altitud. Dicho centro, una monumental urbe pétreo, muestra en su seis edificaciones de carácter claramente ceremonial, destacando los de Akapana, que presenta una pirámide escalonada, y el de Kalasasaya, en el que sus arquitectos y escultores trabajaron la famosa Portada del Sol, el Palacio. Asociados a los templos aparecen los palacios, quedando en una extensa área vestigios de esculturas de gran tamaño, bellamente decoradas. En torno al núcleo se han encontrado numerosas y dispersas aldeas cuyas viviendas fueron construidas de material perecedero; en ellas habitaron los campesinos tributarios, población dedicada principalmente al cultivo de la papa y al pastoreo de auquénidos.

Una interpretación histórica nos dice que Tiwanaku, si bien alcanzó influencia en una extensa región, no fue un estado militarista. Esta posición sostiene que en la cúspide social y política Tiwanakense se situó una selecta casta sacerdotal, que ganó prestigio por sus avances en el conocimiento astronómico, que adecuadamente aplicado a la actividad agrícola produjo logros importantes, incluso industriales. Pero además de basar su poder en el excedente agropecuario que percibía como tributo de los pueblos campesinos circundantes, la elite gobernante fomentó en la urbe central el trabajo artesanal, especialmente de ceramistas, orfebres y tejedores. Los notables artesanos de Tiwanaku crearon obras que alcanzaron gran cotización, favoreciendo que los sacerdotes, dueños de ese trabajo, devinieran pronto activos comercializadores de esa producción. Prosperaron así los sacerdotes de Tiwanaku, gracias a su prestigio como poseedores de un saber científico y merced al comercio de la artesanía de lujo. Ambos factores, según algunos autores, posibilitaron que sin emplear la conquista militar Tiwanaku se expandiera en un extenso territorio: diversos pueblos habrían permitido el establecimiento en sus posesiones de colonias Tiwanakenses, pues éstas llevaban consigo los aportes del desarrollo cultural. Pero otros estudiosos señalan que, Tiwanaku, donde ocurrió el descubrimiento del bronce, evolucionó hacia un estado militarista y que mediante la guerra conquistó un vasto territorio que abarcó la actual Bolivia y el altiplano peruano, chileno y argentino, conformando una formación imperial.

Sea como fuere, Tiwanaku logró el control de diversos pisos ecológicos y de una apreciable superficie de tierras cultivables. El maíz y el algodón, productos de los cuales requirió en cantidad, no eran propios de su puna originaria. Debieron obtenerlos movilizand o colonias o conquistando los valles andinos, la costa y aún la selva. Ciertamente Tiwanaku trabajó sistemas de canales, presas y andenes, trazando también caminos que le permitieron a varios de sus dominios.

De lo dicho se desprende que esta cultura debió tener como clase dominante a los sacerdotes y posiblemente los jefes guerreros; en un escalón siguiente figuró la burocracia que diseñó y dirigió la producción; luego los especialistas propiamente dichos, ceramistas y tejedores, principalmente, tal vez esclavizados en las urbes pero privilegiados en relación con la masa campesina dedicada al cultivo de la tierra y al cuidado del ganado, y que debió entregar también su fuerza de trabajo en la edificación de las monumentales obras arquitectónicas y escultóricas. Si existieron los grupos de colonización pacífica, sus jefes debieron tener también privilegios, como habría de ocurrir luego en el Tahuantinsuyo. Esta interpretación pareciera probable si tomamos en cuenta la presencia de la influencia Tiwanaku en Ayacucho, sin advertirse una conquista violenta.

Lectura

EVOLUCIÓN DE TIWANAKU

Por: Carlos Ponce Sanjinés.

La trayectoria de la cultura Tiwanaku resultó de extremada y surlativa brillantez. Su comienzo fue modesto, una aldea de reducidas dimensiones, que emergió cuando allá por el año 1580 antes de la era cristiana, se componía primordialmente de casas de planta rectangular, que a veces poseían anexas habitaciones de morfología colmenar. Sus pobladores, que vivían con un lineamiento semejante al de otros caseríos, se consagraban a las faenas agrícolas. Su tecnología similar asimismo, con cobre fundido, oro laminado, cerámica artística en rojo sobre fondo castaño amarillento claro, en algunos casos incisa; la utilitaria, meramente pulida a espátula.

Hacia el primer siglo de nuestra era experimentó un salto brusco. Pasó a un estadio de faz plenamente urbana, conversión de aldea en ciudad. Esa transformación aparejó una serie de reacciones en cadena. La aparición de un aparato estatal bien manejado. Estructura social policlasista y en pirámide. Desaparición de la producción autosuficiente en alimentos para derivar a una economía dependiente, con especializadas manufacturas encomendadas a artesanos y que precisaban materia prima a traerse de lugares distantes. Como eco, notable aumento demográfico. Todo esto descansaba en el esfuerzo de la masa campesina. El incremento de la agricultura permitió superproducción de cosechas, de manera que bastaba un tercio de las mismas para nutrir a los campesinos. El excedente, vale decir el 66 por ciento restante, servía para el mantenimiento de la aristocracia dominante y para sufragar las obras que planeó y ejecutó. La clase preponderante, por su parte, abrigaba la convicción de demostrar sus condiciones de mando emprendiendo obras de magnitud desmesurada, indicador de su poderío y majestad además de suscitar admiración.

Conviene subrayar aquí que el sistema giraba en derredor de una agricultura de tipo excedentario, vale decir una actividad agropecuaria que había logrado un nivel de productividad superior a las necesidades existenciales de los propios productores rurales, y organizada porque el aludido excedente se canalizara transfiriéndose a otros sectores de la población. Implicaba, por añadidura, un nivel tecnológico apto para esa finalidad y también el advenimiento de una estructura social con una clase no directamente productiva, convocada a reglar el funcionamiento del sistema y que establecía las normas e instituciones que garantizaban su permanencia. El excedente creado, que beneficiaba a la minoría directriz, promovía transferencia de recursos en pro del perfeccionamiento de los patrones de consumo y su aplicación en programas de inversiones con preferencia en obras no rentables. De ahí el acento en las monumentales estructuras arquitectónicas que impulsó a Tiwanaku en sus primeros tiempos. El cometido se concentró en la construcción de templos, con los lienzos de sillares y pilares pétreos, resistentes a los efectos perniciosos del tiempo, cada vez de magnitud más extraordinaria. Se puede citar a

Kalasasaya y Pumapunku, con cerca de dos hectáreas de superficie cada uno, y a la pirámide de Akapana. Tal labor demandó el concurso de cuerpos de especialistas, artesanos, que exclusivamente debían atender una rama concreta de trabajo, albañiles, ceramistas, etc. Además, fue menester arquitectos e ingenieros, dado que exhiben las edificaciones una minuciosa planificación. Sin embargo, no se avista ningún indicio de régimen esclavista, a la pauta egipcia. Parece que se utilizó el tiempo sobrante de los campesinos, quienes para sus labores agrícolas necesitaban a lo sumo un cuatrimestre por año para labranza, restando el saldo para trabajos colectivos y por ende la ociosidad era imposible. Notoriamente la urbe al no ser autosuficiente, promovió la búsqueda de recursos y desde un principio en la zona aledaña. Ello ocasionó que todo el territorio de los Chiripas pasara a poder de los Tiwanacotas, al igual que una porción de la cultura Wankarani. En rigor de verdad, el sentimiento expansionista de Tiwanaku empezó hacia el 500 de nuestra era, aunque en escala limitada.

La ulterior época (667 d.C.), llamada también clásica, es de madurez. Énfasis en embellecer, modificar y perfeccionar. Todas las expresiones artísticas alcanzaron valor estético indiscutible, mereciendo especial mención la estatuaria y la cerámica, cuyos motivos decorativos se acomodan a las más complejas leyes de simetría. Con frecuencia se representó a órdenes de guerreros, la de águilas (o cóndores) y la de los felinos, ataviados con máscaras y portando armas ostentando como pectoral la hoja del hacha, símbolo del combatiente. En ese momento las huestes Tiwanacotas establecieron enclaves coloniales en la zona de Ayacucho en Perú y Atacama en Chile, que después sirvieron de puntos claves en sus designios de conquista. El comercio adquirió primordial importancia y se hizo extensivo hasta áreas bastante alejadas.

La época imperial Tiwanaku produjo su expansión en vasta escala, como culminación de avances precedentes. La naturaleza de ella fue netamente bélica y por acción militar. Debe enfocársela en sus justas dimensiones como hecho político, aunque asociada a creencias religiosas. Los frutos de la penetración no fueron idénticos en todas las regiones, ya que allí donde se topó con culturas de alto nivel, como aconteció en la costa y sierra central del Perú, concurrió a la formación de rasgos mixtos, patente mestizaje cultural con mezclas de lo local con lo foráneo. En cambio, donde no se tropezó con pueblos de desarrollo elevado el dominio ocasiona la presencia de formas puras (región andina meridional). La aparición del consecuente imperio permitió la unificación, adoptando en arqueología la figura de horizonte panandino. Siendo su territorio tan amplio, de seguro fue menester instaurar centro virreinales para una atinada administración. Suceso tecnológico remarcable entonces fue el descubrimiento del bronce, cuyo conocimiento se esparció con ulterioridad por América prehispánica, por múltiples vías (no directas, por supuesto). Y llegó a la cumbre de su poderío hacia los 910 de nuestra era...

Es extraño que hacia el siglo XIII de nuestra era ese imperio se desplomara de súbito y Tiwanaku quedó sumido en el ocaso, por causas todavía no elucidadas, descartándose la hipótesis de un cataclismo porque no hay ninguna huella del mismo, ni tampoco por conquista de un pueblo ajeno del que no se exhuma rastro. Acaso una disgregación política, que hizo desaparecer el nexo de unión. Como consecuencia de ella, el ámbito altiplánico quedó dividido en estados o señoríos regionales, todos de habla aymara, entre los que se puede enunciar el Kolla al noroeste del Titicaca, el Lupaka hacia el occidente, el Umasuyu al oriente y el Pakasa, Karanka y Lipi al sur.

El principal centro urbano parece que fue progresivamente abandonado y sus construcciones interrumpidas; en las relaciones de los conquistadores españoles, Tiwanaku no aparece como una ciudad destruida violentamente, sino, precisamente, como un lugar abandonado..

LA FORMACIÓN IMPERIAL WARI

La cultura Wari, con su capital cercana a la actual ciudad de Ayacucho, es la que con mayor fuerza asume el legado cultural y político de Tiwanaku. Allí había prosperado la cultura local Warpa, con un estilo cerámico muy peculiar, que llegó a tomar contacto con Nazca ya en el ocaso de esta cultura. Al mismo tiempo, llegó hasta Ayacucho la influencia Tiwanaku, con sus dioses y sus adelantos tecnológicos, determinando el crecimiento de una urbe que cobraría gran importancia a partir del siglo VII de nuestra era. *“La población del valle –explica Concepción Camarero- tiende a agruparse en torno a Wari, donde se han introducido, junto con la manufactura del*

bronce, las ideas religiosas, la organización social y los habitats Tiwanakutas. La ciudad crece a ritmo vertiginoso hasta convertirse en uno de los núcleos urbanos más importantes de la América prehispánica: se calcula que pudo albergar a unas cuarenta mil personas”.

La evidencia arqueológica muestra en esa urbe una clara división clasista y funcional. En su núcleo habitó la elite dominante (jefes guerreros, sacerdotes y comerciantes), en suntuosas construcciones palaciegas; en un radio más amplio se aprecian restos de lo que posiblemente fueron los barrios de artesanos, seguramente divididos según sus especialidades (alfareros, ceramistas, tejedores, orfebres, fundidores, etc.). Originalmente, la urbe se abasteció con lo que producían los agricultores y pastores de los pueblos aledaños. Pero pronto la ciudad atrajo a los campesinos, que devinieron artesanos a tiempo completo. Correlato de ello fue el progresivo despoblamiento de las áreas circundantes, con el consecuente abandono de las andenerías que hasta entonces habían posibilitado la producción agrícola para el sostenimiento de la población urbana. Surgió entonces como una necesidad el afán expansionista y así fue que se dominaron los valles vecinos, para luego anexarse otras naciones avanzándose a la formación imperial panandina. El medio natural originario, dedicado principalmente al cultivo de la papa y al pastoreo de auquénidos, no podía cubrir las necesidades alimenticias de tan grande núcleo de población, razón por la cual –conforme explica Lumbreras– Wari se lanzó a una política expansiva de tipo militarista, a fin de controlar los intercambios y canalizar hacia la capital el flujo de la producción de las diversas regiones sobre las que impuso dominio.

Lectura

ORIGEN DEL IMPERIO WARI

Por: Denise Pozzi-Escot.

Las evidencias demuestran que durante la época que precede al Horizonte Medio, en Ayacucho sí existió un desarrollo económico que, si bien no tiene las características con que se presenta en la costa central, representa un avance significativo para la sociedad regional. El valle de Ayacucho, pequeño y seco, de bajo potencial agrícola, es parte de un sistema agropecuario que incluye zonas de secano, áreas regadas, pastos inmediatos e, incluso, la yunga oriental próxima. Todo este *sistema* productivo es visible y se insinúa ya en la época Warpa, cuando el valle es intensamente cultivado. La existencia de gran cantidad de andenes, redes de canales y reservorios asociados a terrazas agrícolas, y complejos agrarios como el de Lagunillas, permitieron modificar la geografía y la economía de la zona. Este gran desarrollo agropecuario permitió el crecimiento demográfico, así como el aumento del tamaño y el número de aldeas.

La amplia distribución regional se ve reflejada en la importante difusión de la cerámica Warpa en la región, cubriendo las actuales provincias de Huanta –donde hay la mayor cantidad de sitios–, Huamanga y San Miguel en Ayacucho, así como parte del departamento de Huancavelica (Acobamba, por ejemplo). Ello supone una densa ocupación regional, que se inicia desde el Formativo, período del que datan templos como los de Wishqana y Chupas, junto a una serie de asentamientos aldeanos, como Jargampata en huamanga misma, que reciben influencia de Chavín, Cupisnique y, finalmente, Paracas. Las sociedades de la costa sur ejercieron permanente influencia sobre el área de Ayacucho, pero este proceso también se repite a la inversa. Bien señala Paulsen que al final del Intermedio Temprano la gente de Warpa construyó colonias en diversos lugares estratégicos cerca del río Nazca. (De entonces data la presencia de elementos Nazca en la cerámica Warpa). En la primera época del Horizonte Medio (de otro lado), aparecen en Ayacucho elementos altiplánicos, que se reflejan tanto en la cerámica como en la arquitectura. Pero no hay que olvidar que estos elementos tienen en la región rasgos propios, como, por ejemplo, el dios de los Báculos, que será elemento básico en la ideología del imperio Wari y se reflejará en todo él. La conjunción de estos elementos altiplánicos con los de la costa sur permitió la emergencia de un nuevo sistema de explotación, que se basa en el desarrollo alcanzado en la región de Ayacucho durante los primeros siglos de nuestra era.

Creemos que las relaciones bilaterales que existieron entre la región de Ayacucho y la costa sur complementan las primeras evidencias que existen, para otras zonas, de la expansión Wari imperial, tanto al norte como al sur del área central andina. En todo caso, la definición misma de imperio se entiende como un Estado que incluye más de una nación –y una lengua- en su territorio y, por supuesto, la presencia de diferentes estilos cerámicos en todo el área, junto con la cerámica de los que detentan el poder central.

El máximo esplendor de Wari se dio entre los años 800 y 1000 de nuestra era, con la existencia de un vasto imperio que en la costa se extendía desde el valle de Locumba al río Ocoña, y , en la sierra, del valle de Cajamarca al Titicaca. En cada una de las provincias conquistadas, los Wari ordenaron la edificación de una urbe fortificada, a semejanza de la capital, para residencia de gobernadores, sacerdotes, burócratas y otros funcionarios. Y esas colonias estuvieron conectadas por una extensa vasta red vial, que serviría de base para la construcción posterior del Camino de los Inkas. *“En función de un necesario control del territorio –dice Manuela Díez-, Wari creó en las zonas conquistadas ciudades con marcado carácter de centros de ocupación generalmente fortificadas, bien planificadas en las que tienen cabida no solo templos y residencias, sino también, y muy especialmente, grandes almacenes y depósitos”*. Willkawaín en Ancash, Wariwillka en Junín y Piquillajta en el Cuzco dan testimonio de lo dicho. Pero los Wari, señores de la guerra, mostraron un gran respeto por Tiwanaku, de forma tal que respetaron en todo momento su territorio, formándose paralelamente dos imperios contemporáneos. Ese mismo respeto mostraron al llegar a Pachacámac, consolidando a los prestigiados sacerdotes de esta sede costeña con la edificación de una ciudad sagrada. En Pachacámac, según varios autores, se habría llegado a la concepción del dios supremo y omnipotente.

Hacia el siglo XI de nuestra era son notorios los signos del ocaso imperial de los Wari. Se han planteado diversas hipótesis tratando de explicar el suceso. Algunos piensan que su gran vastedad hizo inmanejable el control, sucediéndose rebeliones en las provincias dominadas donde emergieron estados locales y regionales, también militaristas. Esas rebeliones pudieron también ser conducidas por burócratas que optaron por hacerse independientes. Pero algo más plausible es la hipótesis según la cual la declinación de los centros Wari en la sierra tuvo por causa desastres naturales. La glaciología ha demostrado que hacia el año 1000 los Andes Centrales soportaron un clima frío por debajo del promedio, en un breve proceso de avance glacial. Esto habría determinado la invasión de los valles por los pueblos de las alturas, que Hernán Amat traduce como la destrucción de los Wari por los Yaro. Y el dato etnohistórico parece probarlo en Huánuco, Junín, Ayacucho, Apurímac y el Cuzco, pudiéndose extender la explicación para entender el final de Tiwanaku, evento que fue coetáneo.

UNA NUEVA DIVERSIFICACIÓN REGIONAL

Así pues, a la desaparición de las formaciones imperiales Wari y Tiwanaku siguió una nueva emergencia de los estados locales, algunos de los cuales evolucionarían a señoríos regionales, en el tiempo que algunos arqueólogos denominan Intermedio Tardío. Surgieron así Chimú, Lambayeque, Chancay e Ica-Chincha en la costa norte, centro y sur respectivamente; Cajamarcas y Chachapoyas en la sierra norte; Huancas, Chancas e Inkas en las cuencas del Mantaro, Apurímac y del Urubamba; y Collas y Lupakas en la cuenca del Titicaca, por sólo citar los principales. Como límites cronológicos de este proceso pueden citarse los siglos XII y XV de nuestra era.

Respecto a lo que permanece y lo que setransforma en relación con el tiempo precedente, Ducio Bonavía nos dice: *“Hay un fenómeno general que nos parece claro y*

es que si antes de los tiempos de Wari el factor tecnológico jugó un rol importante en las culturas regionales y locales, ahora la importancia se transfiere al control político. En este sentido Bennet y Bird creían que el balance del poder dependía personalmente de la extensión territorial. Por eso hubo tantos conflictos y guerras entre los diferentes grupos, sin que en muchos casos se llegara a consolidar las conquistas de los nuevos territorios. Además, la experiencia imperial de los Wari había mostrado nuevas posibilidades de gobierno que se trató de imitar a diferentes niveles. Desde el punto de vista económico no parece haber grandes cambios, pues siguen los tradicionales patrones andinos. Hay evidencias que en términos generales se efectuaba un intercambio muy activo de productos a nivel interregional y a grandes distancias. En el arte, aunque es difícil generalizar, advino una modificación notable en cuanto éste perdió en cierta medida su dependencia religiosa, pero el arte sacro siguió siendo importante y la religión no dejó en ningún momento de tener un rol fundamental en todos los pueblos del área andina central”.

Uno de los más poderosos estados de ese tiempo fue el de los Chimú, cuyo centro político y económico fue la ciudad de Chanchán, situada en la orilla derecha del río Moche, cerca de la actual Trujillo. Esta cultura sintetizó el legado regional de Mochica y las influencias de Wari y Tiwanaku.

Para su estudio se tiene además del material arqueológico el aporte del dato etnográfico. Las primeras crónicas escritas, entre ellas la de Miguel Cabello Valboa, consignaron varias referencias a los Chimú, poniendo especial énfasis en relatar su mítico origen y citar una puntual genealogía de sus reyes. Lo objetivo es que la capital de los Chimú pasó de ser un simple conjunto aldeano a convertirse en la ciudad más grande de su tiempo, incluso a nivel mundial, a decir de algunos tratadistas. Hay quienes ven en ese súbito florecimiento urbano, la llegada a esos contornos de gentes procedentes de otras regiones, tal vez por la vía marítima.

Lo evidente es que Chan Chan fue sede actividades religiosas, políticas y económicas de la mayor importancia, a la vez que residencia de una ostentosa clase dominante, formada por jefes guerreros y sacerdotes. A propósito de éstos, practicaron una religión politeísta, teniendo como principales divinidades a la Luna, el Sol y las estrellas, tributándoles, a lo que parece, sacrificios humanos.

En Chan Chan vivía también una numerosa población dedicada a la producción artesanal, una parte de la cual se dedicaba al culto y a prácticas suntuarias, en tanto que otra se comercializaba, incluso a grandes distancias. Destacó su cerámica de color negro, hecha con molde; pero sobrepujo a todas las culturas prehispánicas en la fineza de su metalurgia, confeccionando joyas, figuras diversas y máscaras funerarias trabajadas en oro y plata. Utilizaron también el bronce y el cobre, para fabricar objetos de utilidad.

La guerra permitió a la elite el dominio de los pueblos circunvecinos, a lo largo del río Moche, para luego extenderlo a una extensa área costera, desde Tumbes hasta Lima, con fuertes guarniciones en la frontera serrana, especialmente en las cabeceras de los ríos. En ese dilatado dominio los señores de Chimú edificaron varias sedes satélites, destinadas a captar el tributo impuesto a los campesinos. *“A imitación de Chanchán, pero a muchísima menor escala –explica Francisco Gutiérrez-, se construyeron ciudades en los distintos valles conquistados, utilizando siempre como material el adobe recubierto con una capa de estuco o con una decoración en relieve a base de frisos con motivos geométricos o animalísticos”.*

Los Chimú privilegiaron la producción agrícola, para lo cual fue necesario hacer frente a la aridez del suelo, captando el agua con portentosas realizaciones hidráulicas. Las comunas por ellos esclavizadas, adecuadamente dirigidas por competentes hombres de ciencia, construyeron complejos sistemas de canales de irrigación, que permitieron el máximo aprovechamiento del vital elemento. En esto, recogieron el legado Moche, enriqueciéndolo. Fue tal la importancia otorgada al sistema hidráulico que lo protegieron con fuertes guarniciones militares. Controlando el agua, los señores de Chimú se adueñaron de un arma eficaz para ejercer dominio sobre la población campesina. Pero si el control del agua fue factor determinante para la consolidación de ese poder, lo fue también para precipitar su caída. Porque tras algunos siglos de florecimiento, los señores de Chimú, tras oponer tenaz resistencia a los invasores cuzqueños, finalmente se rindieron al Inka luego de que éste derrotara a las guarniciones que custodiaban las cabeceras de los ríos que alimentaban su red hidráulica.

Lectura

CONSOLIDACIÓN DEL ESTADO

Por: Humberto Vargas Salgado.

Durante los períodos de los Primeros Desarrollos Regionales, Imperial Temprano Wari y Segunda Diversificación Regional, que cronológicamente pueden ubicarse desde casi los inicios de nuestra era hasta la primera mitad del siglo XV, el Estado se consolidó definitivamente en el territorio andino. Las guerras estuvieron plenamente justificadas; porque las luchas entre los diversos grupos o centros de poder fueron constantes, en sucesivas disputas por ejercer la hegemonía en sus respectivas zonas, con el objetivo de imponer y recabar contribución, y capturar prisioneros de guerra (esclavos) útiles tanto para usufructuar su trabajo como para utilizarlos en calidad de ofrendas a los dioses, lo que se aprecia con nitidez en Moche y Sipán,

Hubo guerreros cazadores de cabezas humanas y actos de antropofagia entre los Nazca y Recuay. Pero, considerando lo que al respecto sostiene Lévi-Strauss, creemos que el canibalismo y el acopio de cabezas humanas tuvieron una connotación simbólica, lo que se advierte viendo figuras de atuendo ritual-religioso. A nuestro juicio, no se trató de una práctica permanente; no fue una constante sino una excepción. En todo caso, fue un privilegio ejercido por ciertos grupos locales, linajes, castas, clases o individuos. No se dio aquí la antropofagia gustativa ni de supervivencia que practicaron algunos pueblos de África o el Ártico. Revísese para una comparación válida la práctica que hasta hace tiempo reciente se dio entre los Cashibos de nuestra Amazonía.

El Estado adquirió un carácter militarista-teocrático en el que se combinaron la estrategia y táctica guerreras con el culto a las respectivas divinidades. Una muestra de lo que acabamos de afirmar se pudo apreciar en las sociedades complejas Mochica, Nazca, Recuay, Wari y Chimú, entre otras.

Desde el punto de vista económico se dio un mayor desarrollo. Los grandes conductores de ese proceso fueron los especialistas y trabajadores del campo y de la ciudad. Como indican algunos tratadistas, se aprovechó al máximo los recursos de cada región y de cada valle. Algunos Estados se desarrollaron más que otros y, en muchos casos, los más fuertes sometieron a los más débiles o menos desarrollados. En otras palabras, hubo mayor auge de las actividades agrícolas, pecuarias y artesanales así como un notorio crecimiento urbano.

Probablemente, a partir de los Primeros Desarrollos Regionales se debió acentuar la especialización en el trabajo de artesanías; es decir, debieron surgir artesanos especializados en cerámica, metalurgia-orfebrería, textilería y arquitectura. La tecnología hidráulica ganó tierras agrícolas al desierto irrigándolas, fertilizándolas, sembrándolas y cosechándolas. Es posible que entonces los kurakas-kamachics administradores, los artesanos y los comerciantes fueran tan importantes como los sacerdotes y sus dioses. Algunas sociedades destacaron por su articulación mercantil-comercial como Twanaku, Nazca, Mochica, Lima, Vicús, Chancay, Wari, Aymara, etc. Y tal vez las sociedades donde el sector urbano-mercader tuvo mayor presencia fueron Tiwanaku, Lima y Wari.

Sipán vino a reforzar el punto de vista de una temprana organización estatal. Es más, hasta parece que hubiese sido una sociedad compleja autónoma, inherente a la tradición Zaña-Chongoyape y, posteriormente, a Lambayeque. Sostenemos esto por las características económicas, sociales, políticas y religiosas relativamente singulares que se dieron en la sociedad sipanense. Pero los estudiosos la sindicaron como parte conformante de Mochica. Nosotros creemos que pudo tratarse de una nueva cultura y que, como tal, tendría que incorporársela al mapa arqueológico del Antiguo Perú, en el Período de los Desarrollos Regionales Tempranos, cultura que, tardíamente, habría sido sometida por los Mochica. Dentro de este contexto las relaciones de producción fueron desigualitarias y clasistas, porque los trabajadores del campo (campesinos y pastores) y los trabajadores de las ciudades (artesanos) eran explotados y considerados como esclavos. La producción de bienes materiales fue controlada y administrada por la burocracia civil, el Estado y los mercaderes. El modo de producción que comenzó a cimentarse y a consolidarse con mayor fuerza fue el esclavista.

Pero al interior de la sociedad esclavista persistieron rezagos de la sociedad colectivista, sobre todo por la subsistencia del ayllu. La presencia de esa reciprocidad simétrica (igualitaria) y asimétrica (desigualitaria) así como la propiedad estatal de los medios de producción nos lleva a tipificar esa economía como esclavista estatal. Es la clase dominante la que, en conjunto, ejerce la propiedad sobre los medios de producción a través del Estado. La propiedad individualizada de algunos señores estuvo supeditada a la estatal y fue muy débil. Lo que caracteriza al esclavismo en esta fase es que sigue teniendo una base económica agrícola y pecuaria por sobre la economía urbano-mercantil.

En efecto, las sociedades agrarias, principalmente, consolidaron la propiedad estatal sobre los medios de producción y subsistieron hacia abajo instituciones como el clan y el parentesco. Diferentes a ellas fueron las sociedades con una economía básicamente urbano-mercantil. Como las del esclavismo clásico greco-romano, que consolidaron la propiedad individualizada esclavista de los medios de producción y desintegraron de manera más rápida la organización de clanes o gentilicia y el parentesco. En otros términos, se mantuvo o desintegró la organización comunal de acuerdo al predominio de alguna de las economías señaladas.

Bibliografía

- Amat Olazábal, H. y Guzmán Palomino, L. Ed., **XI Congreso Peruano del Hombre y la Cultura Andina “Augusto Cardich”: Actas y Trabajos Científicos**, Universidad Nacional de La Plata, Argentina, 1997.
- Amat Olazábal, H., **Los Yaros, destructores del Imperio Wari**. En **Actas y Trabajos del III Congreso Peruano del Hombre y la Cultura Andina**, Lima, 1978.
- Bákula, C., Bonavía D., Laurencich, L., Matos, R., Protzen, J., Radicati, C., Rostworowski, M. Y Shimida, I., **Les Royaumes Préincaïques et le Monde Inca**, Edisud, París 1992.
- Balbás, J., Camareno, C., Díez, M., Gutiérrez, F., López, M., Montoro, J. y Santiz, J., **Culturas Indígenas Americanas**, Aula Abierta Salvat, Barcelona, 1985.
- Bonavía, D., **Perú Hombre e Historia: De los orígenes al siglo XV**, Ediciones Edubanco, Lima, 1991.
- Bueno Mendoza, A., **Arqueología de Ancash: Nuevas Perspectivas**. En **Ancash Historia y Cultura, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología**, Lima, 1989.
- Bueno Mendoza, A., **El Formativo Andino: análisis, revisión y propuestas**. En **Cantuta**, No. 15, Universidad Nacional de Educación, La Cantuta, 1998.
- Burger, R., **El horizonte Chavín**. En **Revista Andina**, Año 7, No. 2, Centro Bartolomé de las Casas, Cuzco, 1989.
- Choy, E. **Antropología e Historia**, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, 1979.
- Guzmán, E., **Conservación del monumento arqueológico de Sechín**, Servicios Gráficos Quiliano, Huancayo, s/f.
- Isbell, W., **El origen del Estado en el valle de Ayacucho**. En **Revista Andina**, Año 3, No. 1, Centro Bartolomé de las Casas, Cuzco, 1985.
- Kauffmann, F., **Chavín: Monumento de culto y poder**. En **Perú Indígena**, No. 27, Instituto Indigenista Peruano, Lima, 1988.
- Lavallée, D. y Lumbreras, L., **Les Andes: De la Préhistoire aux Incas**, Éditions Gallimard, París, 1985.
- Leakey, R., **La formación de la Humanidad**, Ediciones Orbis, Valencia, 1986.
- León, J., **Guía Turística de Trujillo**, Trujillo, 1961.

- Lothrop, S., **Les trésors de L'Amérique Précolombienne**, Flammarion, París, 1979.
- Lumbreras, L., **Proceso de Neolitización en el Área Andina**, Centro de Estudios y Divulgación de Historia del Perú, Lima, 1996.
- Mais, A., **Kotosh camina hacia el siglo XXI**, Huánuco, 1998.
- Palacios, D., **Guía Cultural de Kotosh**, Universidad Nacional de Huánuco, 1982.
- Ponce Sanjinés, C., **La cultura nativa en Bolivia**, Editorial Los Amigos del Libro, Cochabamba, 1992.
- Pozzi Escot, D., Comentario al artículo de Ruth Shady **La época Huari como interacción de las sociedades regionales**. En *Revista Andina*, Año 6, No. 1, Centro Bartolomé de las Casas, Cuzco, 1988.
- Samaniego, L., **Sechín y Chavín**, Casma, 1985.
- Shady, R., **Del Arcaico al Formativo en los Andes Centrales**. En *Revista Andina*, Año 11, No. 1, Centro Bartolomé de las Casas, Cuzco, 1993.
- Torero, A., **El comercio lejano y la difusión del Quechua**. En *Revista Andina*, Año 2, No. 2, Centro Bartolomé de las Casas, Cuzco, 1964.
- Valcárcel, L.E., **Historia del Perú Antiguo**, Editorial Juan Mejía Baca, 1978.
- Vargas, H., **Acerca del origen del Estado y la formación económico social en el Antiguo Perú**. En *Cantuta*, No. 15, Universidad Nacional de Educación, La Cantuta, 1998.
- Villanueva, J., **El Tahuantinsuyu: La propiedad privada y el modelo curacal de producción**, Ediciones Luciérnaga, 1994.

Autoevaluación

Conceptual:

Marque la respuesta correcta:

1. El primer intento de integración cultural panandina, con dominio de diversos pisos ecológicos, surge con:
 - a) El imperio Wari, que sobre la base de la cultura Warpa emerge en Ayacucho hacia el siglo VII de nuestra era.
 - b) La cultura Chavín, cuya época clásica se desenvuelve entre los años 1200 y 300 a.C.
 - c) La cultura Tiwanaku, que desde su sede altiplánica en Bolivia irradia su influencia a provincias del Perú, Chile y Argentina.
2. El apropiamiento de la producción agropecuaria de dos terceras partes de la tierra, dejando sólo una para beneficio de la masa campesina dominada, se inició con:
 - a) El dominio Tiwanaku, que fue eminentemente militar.
 - b) El terror impuesto por los jefes de Sechín.
 - c) El imperio del Tahuantinsuyo.
3. La sociedad esclavista, con rezagos de la sociedad colectivista, va a existir en el Antiguo Perú:
 - a) Durante los períodos Intermedio Temprano, Horizonte Medio e Intermedio Tardío.
 - b) Desde casi los inicios de nuestra era hasta la primera mitad del siglo XV.
 - c) Desde la aparición del Estado hasta la formación imperial inkaica.

Procedimental

1. Confeccione un mapa ubicando los sitios mencionados en esta Unidad Modular, diferenciando con colores su pertenencia a cada uno de los períodos evolutivos que hemos citado.

2. Así como Anthony Aveni propicia la interpretación objetiva de las líneas de Nazca, ¿en que otras culturas preincaicas cree Ud. que debemos buscar respuestas científicas y no divagaciones subjetivas? Emita una opinión explicativa con ejemplos.

Actitudinal

1. Promueva una salida al campo que sirva para fomentar el respeto por nuestro patrimonio arqueológico.